

CAPITULO II

FUNCIONES DE LOS CRIMINALES

Resistencia al dolor

La anomalía más notable que se advierte en los criminales, es la resistencia al dolor, es decir, *la analgesia*; no se encuentra ésta tan acentuada ni aún entre los mismos salvajes. Es fenómeno del que he presenciado numerosos ejemplos auxiliado por mi algómetro eléctrico.

Los facultativos de las prisiones saben muy bien como los criminales soportan, cual si fueran insensibles, las operaciones más dolorosas (por ejemplo, la aplicación del hierro al rojo).

Un ladrón se deja amputar una pierna sin proferir el menor grito, entreteniéndose después en jugar con el pedazo cortado. Un asesino reincidente del presidio de la isla de S... rogó, extinguida su condena, al director de la prisión, que le permitiese continuar en ella; siendo denegada su petición se desgarró las entrañas con el mango de una enorme cuchara, dirigiéndose después tranquilamente á la escalera, para llegar á su celda y acostarse en su lecho, donde expiraba pocos momentos después sin haber demostrado su dolor con un solo gemido.

El asesino Descourbes, para no alejarse de

Cayena, se hizo en las piernas llagas artificiales. Mandrin antes de ser decapitado, fué atezado en ocho diferentes lugares, sufriendo todos estos tormentos sin exhalar una queja. Para hacer desaparecer un indicio denunciador, B... se dejó saltar tres dientes con pólvora; R... se levantó la epidermis del rostro con los fragmentos de un vaso (Vidocq).

He visto á dos homicidas que se habían denunciado mutuamente, y cuyo aborrecimiento arrancaba desde tiempos muy lejanos, lanzarse uno sobre otro á la hora del paseo, y estrecharse mordiendo uno el labio de su adversario, en tanto que el otro le arrancaba los cabellos; alejados de sí ambos, retiráronse no con graves accidentes, ni ostensibles dolores, y sí con manifiestos deseos de completar su venganza.

Esta analgesia nos da alguna idea, aunque pobre, de los terribles medios empleados por los suicidas, en las cárceles. También nos explica algunos fenómenos muy particulares del mundo criminal, sobre todo aquel que los antiguos poetas hubieran llamado invulnerabilidad y al cual, sin embargo, yo denominaría, con una palabra más modesta sí, pero de mayor transcendencia científica, la *disculnerabilidad* de los criminales.

El profesor Benedikt ha visto en una cárcel á un bandido perteneciente á la famosa cuadrilla de Rozza Sandor, verdadero gigante por su estatura y atleta por su vigor, el cual habiendo intervenido en una revolución de penados, fué castigado por los carceleros hasta el extremo de que le fracturaron muchas vértebras. Curáronse todas sus heridas, mas el gigante de antes tornóse ahora en una especie de pigmeo; no obstante, continuó trabajando en la herrería de la cárcel, sirviéndose de su pesado martillo, como en los mejores días de sus extraordinarias fuerzas.

Por lo que hace á mí, he visto cosas más extrañas; á un ladrón le fué fracturado, en un escaló, el frontal derecho lateralmente por un golpe de hacha; en quince días curó de herida tan peligrosa, sin lamentar recaída alguna.

El cráneo del mismo bandido de la cuadrilla de Rozza Sandor, de que nos habla M. Benedikt, fué enviado á la Exposición de antropología de Roma por el célebre profesor Lenhossek de Pesth. Este cráneo presentaba una enorme depresión del hueso parietal izquierdo, efecto de una herida de arma de fuego, que no le había impedido, me escribió M. Bosany, preocupar hondamente durante muchos días más á las tropas austriacas y rusas.

En la cárcel, cuyo facultativo soy, un asesino que trabajaba como albañil, al ser reprendido por una ligera falta, se arrojó desde un tercer piso que medía de altura unos 9 metros, sobre el suelo del patio. Todos le creyeron muerto; se envió á buscar al médico y el cura, cuando se le vió levantarse sonriente y dispuesto á proseguir su faena.

Los individuos que poseen esta *disvulnerabilidad*, considéranse como seres privilegiados y desprecian á los delicados y sensibles. Constituye un placer, para estas gentes tan duras, atormentar incesantemente á las otras, que ellas consideran como criaturas inferiores.

He aquí un doble origen de la crueldad de los criminales, según nota muy bien Benedikt: «Si nosotros vemos sufrir á otra persona, nos resentimos, ayudados por la memoria, de sensaciones semejantes; experimentamos, por decirlo así, una refundición de aquellos sufrimientos. De aquí nace la compasión que enumeramos entre las virtudes. Mas nosotros somos sensibles y dispuestos á la compasión. Aho-

ra bien, cuando hay una disminución congénita de sensibilidad para los dolores y los sentimientos desagradables, entonces la aptitud á la compasión falta casi siempre».

Secreciones

M. Ottolenghi (18) ha realizado en mi laboratorio muchas observaciones acerca de la eliminación de los úricos, de los cloruros y de los fosfatos de 15 criminales de oficio y 3 de ocasión, sometidos al mismo régimen alimenticio.

He aquí sus resultados:

		<u>Gramos</u>
Úricos por 1000 gr. del peso del cuerpo.	Criminales de oficio. . .	0,39
	» de ocasión..	0,53
Fosfatos, id. id. . . .	Criminales de oficio. . .	0,024
	» de ocasión..	0,0195
Cloruros, id. id. . . .	Criminales de oficio. . .	0,28
	» de ocasión..	0,29

Hay por consiguiente, en los criminales de oficio, una disminución de las eliminaciones de los úricos y un aumento de los fosfatos, en tanto que las de los cloruros no varían.

El mencionado profesor ha obtenido iguales resultados en los casos de epilepsia psíquica, al paso que los criminales de ocasión no ofrecen anomalía alguna.

M. Rivano ha hallado, por el contrario (19) en los epilépticos, mayor cantidad de úricos y

(18) *Giornal de l'Accademia med. di Torino*, 1888. *Archivio di Psichiatria*, 1888, X.

(19) *Archivio di Feniatria*. Torino, 1889.

menor de fosfatos en los días de paroxismos y además, un 33 por 100 de albúmina,

29 — de acetato
87 — de peptonatos,

siempre, volvemos á repetirlo, en los días de accesos.

Olfato

M. Ottolenghi ha estudiado también el olfato en los criminales.

A este fin preparó un *osmómetro*, conteniendo doce soluciones acuosas de esencia de alelí, variadas entre el 1 por 500,000 y el 1 por 100.

El ha llevado á efecto sus observaciones en diferentes series, una cada día, en idénticas condiciones de ventilación, y reservando las soluciones para cada experimentación, á fin de evitar los errores de la evaporación.

Es indudable que él investigaba el grado ínfimo, en el que comienza la percepción del olfato.

En otras ocasiones él procedió de una manera muy diferente; mezclaba al efecto diversos esencieros, invitando al sujeto con quien se hacía la experiencia á colocarlos conforme su intensidad odorífica.

El mismo profesor ha distinguido los errores de disposición observados en errores graves y ligeros, según que, en el orden de las soluciones, mediaba la diferencia de varios ó de un solo grado. Para ello examinó 80 criminales (50 hombres, 30 mujeres) y 50 personas normales (30 hombres, escogidos la mayor parte entre los guardianes de cárceles y 20 mujeres honradas).

He aquí sus resultados:

En los hombres honrados el olfato medio varió entre el tercero y cuarto grado del osmómetro, en los criminales entre el quinto y el sexto; 44 individuos carecían completamente del referido sentido.

Los hombres honrados presentaron por término medio tres faltas de disposición, los criminales cinco, de las cuales tres son graves.

Las mujeres honradas alcanzaron el cuarto grado del osmómetro, las criminales el sexto; en dos de ellas faltaba en absoluto el olfato.

De ocho casos de anosmia descubiertos en los criminales, dos estaban relacionados con las alteraciones nasales; para los otros, ella era una especie de ceguera del olfato; ellos sentían las excitaciones olorosas sin poder especificarlas, y menos todavía clasificarlas.

Para comprobar la verdad de la aserción (20) que enuncia que los criminales contra las costumbres tienen el olfato muy desarrollado, M. Ottolenghi ha examinado 30 estupradores y 40 mujeres prostitutas, descubriendo en un 33 por ciento de los primeros la nulidad del olfato y en las otras una proporción correspondiente al quinto grado del osmómetro.

Dispuestas las diversas soluciones, según el grado de su fuerza, él advirtió tres errores graves.

En un 19 por 100 de mujeres examinadas, halló la ceguera del olfato y en las restantes una acuidad media correspondiente al quinto grado del osmómetro.

Comparando estos resultados con los obtenidos anteriormente en los hombres honrados y en los criminales, el olfato se nos presenta

(20) Krafft-Ebing. *Psychopathia sexualis*, 1889, 4.^a edic. Wien.

muchísimo menos desarrollado en esta última categoría (21).

Gusto

M. Ottolenghi ha realizado también el examen del gusto en 100 criminales (60 de oficio, 20 de ocasión y 20 mujeres), comparándolos después con 20 hombres de la clase inferior, 20 profesores y estudiantes, 20 mujeres honradas y 40 prostitutas. Sus experiencias tuvieron por causa material once soluciones de estrignina (graduadas de 1/80,000 á 1/50,000), de sacarina (desde 1/100,000 hasta 1/10,000) y diez de cloruro de sodio (de 1/500 á 3/100). Los criminales mostraron en todas las experiencias una considerable carencia de gusto.

La mínima acuidad del gusto se ha encontrado en un 38 por 100 de criminales de oficio, en un 30 por 100 de criminales de ocasión y en un 20 por 100 de mujeres criminales; muy al contrario se halló en un 14 por 100 entre los profesores y los estudiantes, en un 29 por 100 de los hombres de las clases inferiores, en un 30 por 100 de las mujeres prostituídas, y por último, en un 10 por 100 de las hembras honradas.

Marcha

Un estudio que hice en Peracchia (22), acerca de la marcha, ajustándome al método de Gilles de la Tourette, demuestra que, á la inversa

(21) *Archivio di Psichiatria*, 1889.

(22) *Archivio di Psichiatria*, 1888.

de lo que acontece con las gentes honradas, el paso izquierdo de los criminales es generalmente mucho más largo que el derecho; su pie izquierdo al posarse sobre la tierra forma con la línea de eje un ángulo de desviación más pronunciado que el formado por el pie derecho; todos estos caracteres abundan entre los epilépticos.

Escritura

Las experiencias del hipnotismo me han demostrado suficientemente cuantos caracteres he observado en las escrituras de los criminales y de manera muy especial en las de los homicidas. Un joven estudiante sugestionado que él era un bandido, nos proporcionó una forma de letra dura, grosera, con unas *t* enormes, en tanto que su escritura ordinaria era muy pulcra, fina, y hasta casi de mujer. El mismo estudiante sugestionado, poco tiempo después, creyéndose una pequeña niña, conservó en la escritura infantil algo de la energía que notamos en la del bandido. (*Atlas de l'H. Criminal*, pl. XXII y XXX.)

Gesto

Es costumbre muy antigua entre los criminales comunicarse sus pensamientos por medio de gestos.

José Sallemant expone una serie de gestos de los ladrones alemanes, que constituyen un verdadero lenguaje realizado con sólo los dedos, como hacen los mudos.

Vidocq afirma que, ciertos malhechores (flo-

neny) cuando acechan á su víctima, se hacen la señal de *san Juan*, que consiste en llevar la mano á su corbata ó quitarse el sombrero.

Pitré ha escrito acerca de esta materia dos enseñanzas muy importantes.

En su obra *Usi é costumi della Sicilia*, ha escrito recientemente 48 gestos particulares de delincuentes.

Este abuso de gestos tiene su explicación en la movilidad exagerada de los criminales de profesión, parecidos en esto á los niños.

Tatuaje

Tenía yo para mí, que no era posible decir nada más sobre este punto, después de los hermosos y profundos estudios de MM. Lacassagne, Marro y aún tras de los míos propios (23).

Sin embargo, las investigaciones realizadas por MM. Severí, Lucchini y Roselli, en 40,000 nuevos criminales, han dado resultados de una innegable importancia y desde luego una proporción óctuple de la de alienados de la misma región (Florencia y Lucques). Esta enorme difusión alcanza hasta un 40 por 100 en los militares criminales, y un 33 por 100 en los mineros; las mujeres no dan más que 1,6 por ciento; mas podría elevarse muy bien la proporción hasta un 2 por 100, si se quisiera comprender con toda perfección ciertas pecas, lunares semejantes á los granos de belleza, que están muy en boga en la alta prostitución.

Sorprende en estas investigaciones, además de la frecuencia ya notada por nosotros, el ca-

(23) Véase *Nouvelle Revue*, 1888, y *Uomo delinquente*, 4.ª edición, 1889.

rácter específico de estos tatuajes: la obscenidad, la jactancia del crimen y el contraste por demás extraño de las pasiones más perniciosas y de los sentimientos más delicados.

M. C..., de veintisiete años de edad, condenado lo menos cincuenta veces por revoltoso, riñas y heridas á hombres y caballos, tiene, si vale nuestra frase escrita, la historia de sus crímenes sobre su pellejo, y á este propósito, notaremos que muy recientemente el infame Rosny, que se suicidó en Lyon, tenía el cuerpo cubierto de señales pintadas representando figuras eróticas; en ellas se leía la lista de sus amantes y los datos de aquellas á las cuales dejó libres (24).

P. S..., carretero, de veintiséis años de edad, reincidente, llevaba sobre su pecho un corazón atravesado por un puñal (signo de venganza), y sobre la mano derecha una *chanteusse* de *café-concert*, de la cual estaba enamorado. Junto á estas figuras y al lado de otras que el respeto al público nos prohíben citar, veíase con sorpresa el diseño de una tumba con este epíteto: «A mi querido padre». ¡Extrañas contradicciones del espíritu humano!

Otro llamado B..., desertor, llevaba sobre el pecho un san Jorge y la cruz de la Legión de Honor, y sobre el brazo derecho una mujer casi desnuda, bebiendo, con la inscripción siguiente: «Alegremos algo el interior».

Q. A..., jornalero, condenado varias veces por ladrón, y expulsado de Francia y Suiza, ostentaba sobre el pecho dos gendarmes suizos con esta frase: ¡Viva la República! Sobre el brazo derecho, un corazón atravesado y junto á él un pescado, *un pez*, como queriendo sig-

(24) Véase *Atlas de l'Homme criminel*, 1888, Alcan, pl. XXXII, XXXIX.

nificar, que él deseaba atravesar á puñaladas á su rival.

Nosotros hemos visto sobre el brazo izquierdo de otro ladrón, un tiesto de limones con las iniciales V. G. (*venganza*); lo que en el extraño lenguaje de los criminales quiere decir: traición y tras de ésta la venganza. No se nos ocurre otra cosa que su idea constante era vengarse de la mujer que le había amado primero y abandonado después; su deseo era cortarla la nariz; hasta rechazó el ofrecimiento, que le hizo su mismo hermano de encargarse de tan repugnante operación, porque él anhelaba saborear el placer de ejecutarla personalmente cuando estuviera en libertad.

Se ve, por consiguiente, por estos ejemplos, que hay entre los criminales una especie de escritura jeroglífica, no sujeta á reglas, ni fija; ella nace de los acontecimientos diarios y del *argot*, según debía acaecer también entre los hombres primitivos.

En efecto, con mucha frecuencia, la llave simboliza el silencio del secreto entre los ladrones, y la cabeza de un muerto, la venganza. Algunas veces se substituye á las figuras por puntos: así una represalia de justicia se marca con 17 puntos, lo cual quiere decir, según el criminal, que se propone ultrajar diez y siete veces á su enemigo, en cuanto pueda.

Los criminales de esta clase, en Nápoles, tienen el hábito de hacer largas inscripciones; en lugar de palabras emplean iniciales. Muchos *camorristas* napolitanos llevan una figura que representa una reja, tras de la cual se oculta un prisionero, y debajo de la que pueden leerse estas iniciales: Q. F. Q. P. M., es decir: *¿Quando finiranno queste pene? ¡Mai!* (¿Cuándo concluirán estas penas? ¡Jamás!)

Otros ostentan este epígrafe: C. G. P. V., etcétera..., que significa: *Valor, penado, para robar y saquear á sangre y fuego cuanto esté al alcance de nuestras manos.*

Adviértese al llegar aquí, que determinadas figuras son empleadas exclusivamente por asociaciones de criminales, constituyendo una contraseña para ciertos actos.

En Babiera y en el Sud de Alemania, los ladrones, constituidos en verdaderas asociaciones, se reconocen entre sí por el tatuaje epigráfico *Tund L*, esto es, *Thal und Land*, palabras que deben pronunciar á media voz, cuando se encuentran, y sin cuyo requisito ellos mismos se denuncian á la policía.

El ladrón R..., que luce sobre el brazo derecho un dibujo representando dos manos enlazadas y la palabra *Unión* orlada de una guirnalda de flores, nos ha dicho que muchos malhechores y distintas sociedades del centro de Francia (Dragnignan), adoptan semejante tatuaje.

Además, según nos revelaron antiguos *camorristas*, cinco puntos sobre la mano derecha, un lagarto ó una serpiente, denotan el primer grado en esta peligrosa asociación.

Yo callo, y fácilmente se adivinará la causa, acerca de la difusión de tatuajes por todas las restantes partes del cuerpo.

El señor Salillas ha publicado un excelente estudio sobre el tatuaje de los criminales españoles, en la *Revista de Antropología Criminal*, que se publica en Madrid. Según el citado profesor, esta costumbre es muy frecuente entre los asesinos; obsérvase, muy cierto, el predominio del carácter religioso, pero siempre con ese sello de cinismo obsceno, que se advierte en todos los demás.

He tenido ocasión, no hace mucho tiempo, de observar hasta qué extremo es atávica la impulsión que conduce á los criminales á practicar operación tan extraña.

Un ladrón de los más incorregibles, que tiene seis hermanos de su misma calaña, me rogaba cierto día, mostrándome las señales de la mitad de su cuerpo, le ayudase á encontrar un maestro profesional *en tatuaje* que completase lo que pudiéramos llamar justamente la tapicería de su piel. «Cuando el tatuaje descubre mucha intención, y se extiende sobre todo el cuerpo, me decía él, es para nosotros, los ladrones, como el uniforme negro de nuestra sociedad con todas sus condecoraciones; nosotros nos estimamos según nuestros tatuajes; un individuo alcanza mayor respeto entre sus compañeros, en cuanto que ostenta mejor y más extenso tatuaje. Al contrario, aquél cuyo tatuaje es malo ó deficiente no goza de influencia alguna, no es tenido por un excelente vago y carece de la estimación de sus compañeros».

A otro ladrón oír decir: «Frecuentemente cuando las mujeres nos ven cubiertos así de tatuajes, nos colman de presentes, entregándonos el dinero, antes de exigirlo».

Salvajes

Para comprender hasta qué punto el tatuaje es atávico, precisa estudiarlo entre los salvajes.

En toda la Melanesia, enseña Letourneau, se prefiere por antiquísima costumbre, el color rojo, considerado allí como el supremo honor, para acicalarse y pintarse. El mendigo Tas-

manien se impregnaba el cuerpo con la grasa de ternero marino ó de kanguro, que le teñían de rojo. Los *nandys* australianos se trazan ó hacen trazar sobre el pecho y las piernas, líneas rojas y blancas entrecruzadas, antes de salir á la danza y en visita. Preparados de esta suerte, se admiran y pavonean con una vanidad bien alegre. Los moradores de la Tierra del Fuego se pintarrajean por el cuerpo y particularmente en la cara, figuras blancas, negras y rojas. En las riberas del Orinoco, se ha dicho de un hombre, queriendo indicar su extrema miseria, «que él no tenía ni aún para pintarse la mitad de su cuerpo»; hombres y mujeres manifiestan un hondo sentimiento de vergüenza, cuando son precisados á dejarse ver sin las pinturas, que en estos países, volvemos á repetirlo, constituyen el supremo adorno.

En Africa, las bellas hotentotas se frotan el cuerpo con grasa, cubriéndolo en seguida de polvos rojos. Más al septentrión, en el Africa central junto al río Níger, en el Sudán, el color azul substituye al color rojo. Dos viajeros vieron cerca del lago Tchad, á un Sultán, cuya barba estaba teñida de un azul magnífico.

Para estas operaciones se emplean todos los colores. Las mujeres de Sackatou tiñen con azul las trenzas de su cabellera; al mismo tiempo ellas pintan de rojo sus dientes, sus manos, sus pies y sus uñas. Con la misma substancia, las mujeres de Niffé coloran sus cabellos y cejas, tiñendo además sus pestañas negras y sus labios de amarillo; la henna enrojece sus dientes, manos y pies.

Las mujeres de la Birmania acostumbran á embadurnarse la cara con el finísimo polvo de un azul oloroso, dándose de rojo en las uñas de los pies y de las manos.

Los elegantes de Bagdad pintábanse en su tiempo los labios de azul; trazándose sobre las piernas, arados y rayos del mismo color, que utilizaban, á su vez, para dibujarse un cinturón alrededor del talle, en tanto circuían de flores, igualmente azuladas, cada uno de los senos de su pecho.

El tatuaje era en las edades primitivas, puramente ornamental; era hasta inocente, sencillo. Después poco á poco en el transcurso de los tiempos, según lo ha comprobado el doctor Delisle, ha servido para caracterizar una clase social; aquí aparentaba un signo de nobleza, allí, en cambio, revelaba la esclavitud; en fin, el tatuaje establecía ya entonces, la distinción entre los miembros de una misma familia, de una tribu, de un pueblo, como después ha servido para señalar las categorías sociales, profesionales ó las ideas religiosas de los individuos.

Citaremos algunas de las innumerables particularidades con que podríamos adornar nuestro trabajo. Para demostrar la importancia que al tatuaje conceden los sencillos habitantes de las islas del Pacífico, diremos que los habitantes de las Marquesas adoran preferentemente á *Tiki*, el dios é inventor del tatuaje. Por doquier se ve su imagen, la de un hombre monstruoso, con una nariz partida muy larga, ojos enormes, boca espantosa, vientre abultadísimo, piernas torcidas, brazos pegados al cuerpo y las manos cruzadas sobre el abdomen.

En la Polinesia, practican el tatuaje desde la edad de once ó doce años; esta es la ropa pretextada por los jóvenes romanos. En las islas Marquesas constituye un verdadero vestido en los hombres; puede creerse, no exagero, que

están cubiertos de una armadura. Su figura desaparece bajo los signos pintados; las mujeres usan generalmente muy poco del tatuaje, mas las coquetas lucen sobre los pies y las manos, las piernas y los antebrazos, dibujos tan delicados, que se diría constituyen sus medias y guantes.

Refiere el doctor Delisle que, para agradar á las mujeres y hallar una esposa, el habitante de la Lascia debe pintarse desde el ombligo hasta por debajo de la pantorrilla, y alrededor del muslo; entre los dayorks las mujeres son las que tienen que usar el tatuaje para encontrar marido. El tatuaje del laocio es muy animado y representa animales fantásticos, análogos á los que adornan los monumentos de los budas. Entre los indígenas de las Marquesas, consiste para las mujeres en dibujos de todo género, botinas, guantes, rizos, soles, arcos, ó líneas trazadas con una seguridad y corrección admirables; los adornos en los varones representan animales, tiburones, cucarachas, lagartos, serpientes, plantas ó figuras geométricas; en estos países el tatuaje es una verdadera obra de arte.

Algunas veces confúndense los tatuajes y las mutilaciones. Hay cabezas célebres de jefes de la Nueva Zelandia totalmente cubiertos de líneas curvas, en las que se observan profundas incisiones, cubiertas en sus concavidades con colores; los resquicios son colorados por un tatuaje muy menudo, que tiñe la piel de azul.

Estas líneas curvas no afectan á parte alguna de la figura, y conforme son más tupidas y numerosas, tanto más acreditan que el que las lleva es un guerrero de gran renombre ó un jefe de origen muy remoto.

En las relaciones con los europeos, el tatuaje de los neozelandeses ha tenido en ciertas oca-

siones un empleo desusado. Así habiendo comprado los misioneros á un jefe una extensión de terreno, en el acto de la venta, fué considerado como garantía, el tatuaje facial del vendedor.

Hemos dicho que en los archipiélagos polinesios, las mujeres se pintan poco el rostro; mas, según cuenta Cook, «el demonio de la coquetería nada pierde en ello», pues se cubren el cuerpo y muy especialmente el lado posterior de los muslos y las nalgas, con caprichosos dibujos, que enseñan voluntaria y orgullosamente.

En Nouka-Hiva las damas de la nobleza pueden lucir tatuajes más numerosos que las mujeres del pueblo.

En las islas Marquesas puede verse el cráneo desnudo de los ancianos pintado de tatuajes.

La moda ha impuesto también su tiranía en las diversas formas de tatuajes: en Nueva Zelanda, por ejemplo, hubo un tiempo en que estaban en boga las líneas curvas; hoy son preferidas las figuras.

Las mujeres árabes (25) se dibujan muy cuidadosamente el dorso de las manos, los antebrazos, brazos, la parte inferior del cuello y la superior del pecho. Sus muñecas ostentan con grande profusión, flores, rasgos extremados y dibujos circulares, simulando brazaletes.

El tatuaje es usado comúnmente por los árabes de ambos sexos; los tiradores argelinos reclutados en las tribus son, con mucha frecuencia, marcados en la cara.

Si los tatuajes argelinos que nosotros hemos visto, guardan cierta relación con los tatuajes europeos por su tinte azul subido, se diferen-

(25) *Les tatouages et les peintures de la peau*, por G. Veriot, *Revue scientifique*, 1889.

cian de ellos por la simplicidad de sus figuras decorativas; cruces pequeñas, líneas rectas, circulares, entrecruzadas, y guirnaldas, etc. La pintura humana, tan habitual entre los salvajes europeos, está enérgicamente prohibida en el Korán. Por último, el tatuaje de la cara es muy común entre los árabes; lo llegan á emplear hasta como una señal de familia ó de tribu; muy al contrario que en Francia, donde es propio sólo de los criminales y reputado como una marca verdaderamente infamante.

Después de todo lo cual, debemos afirmar, que si el tatuaje de los criminales no es atávico, el atavismo no existe en la ciencia (26).

Es cierto de toda certeza, que de él podemos afirmar lo que de los otros caracteres de los criminales, que se encuentran también entre las gentes honradas; mas precisa que nos fijemos en su proporción, difusión é intensidad evidentemente notables; no podemos cerrar los ojos á su matiz científico, al color local del cinismo, á la vanidad inútil é imprudente del crimen, de que carecen en absoluto los hombres honrados y aún los locos, en los cuales el tatuaje es una excepción muy rara, según nos han demostrado suficientemente Severí y Cristián.

Acaso se nos dirá que todo esto no pertenece á la psicología, única que puede trazarnos el retrato del hombre criminal.

Yo respondería á esta objeción que los tatuajes son verdaderos fenómenos psicológicos, y añadiría que M. Ferri, en los preliminares de su obra sobre los homicidas, nos ha dado, con una verdadera psicología estadística, el aná-

(26) Hace muy poco tiempo Cristián (*Gas. des Hôpitaux*, 1.º Marzo, 1891), nos ha descubierto el único caso de un loco (monomaniaco de persecución), de 30 años de edad, que tenía el cuerpo totalmente cubierto de tatuajes: eran figuras simbólicas de su delirio, cuya llave descifradora él sólo poseía: esto prueba la diferencia con los criminales que lucen tatuajes atávicos.

lisis de todas las inclinaciones criminales y su expresión antes y después del crimen. Entre los criminales consumados, por ejemplo, el 42 por ciento niegan siempre su delito, en tanto que en los criminales de ocasión y sobre todo en los autores de heridas, la proporción es de un 21 por 100; de los primeros el 1 por 100 y de los otros el 2 por 100 lo hacen llorando, etc.
